

IMAGEN Y CAPTACION DE VOTOS

SERA preciso, para que la vida pública española se ordene de alguna forma, salir de lugares comunes, de ideas adquiridas, de esquemas propagandísticos viejos. Y renovados sobre la misma vetustez de los tópicos. No parece fácil. En el terreno de las ideas, de las aplicaciones a la realidad española de modos políticos, hay un enorme vacío. Desde las fuentes del poder como desde las de la oposición. La imaginación está muerta. Y la dinámica de la vida pública, embarrada. Cierto que el mundo en torno no ofrece tampoco demasiados estímulos políticos: hay una gran crisis en el Este como en el Oeste.

LOS dirigentes de los partidos ya legalizados por la nueva ventanilla van hablando en televisión: van exponiendo brevemente unas ideas y asomándose por primera vez a un público de millones de personas. Quizá les influya el respeto al medio, la ambición de ser gratos a todos y de prender en la vida nacional. Es una primera experiencia que, en general, no ha resultado demasiado buena. Falta brío, falta alguna acometividad. La oposición parece haber adoptado la imagen de no asustar, de no preocupar demasiado al país: de hacerse perdonar el hecho de encontrarse en la oposición. Claro que no se trata de asustar a nadie, pero sí de alguna mayor entereza en la estancia pública. Parece como si, interiormente, los dirigentes de la oposición quisieran decir: "Ya ven ustedes, nosotros somos los rojos, los demócratas, los liberales. Vean ustedes cómo somos buenos y sensatos, cómo no somos subversivos y aceptamos las reglas del juego". Una situación demasiado obvia como para recalcarla. El país ya lo sabe. Y el país necesita opciones, necesita programas, vías, discusiones, alumbramientos de ideas y de soluciones.

DA la sensación de que la pacatería de la oposición se está mostrando también en lo que todavía no se sabe si llamar negociaciones con el Gobierno, o conversaciones, o contactos. No parece que en los temas de la Ley Electoral se

haya avanzado mucho. Ni siquiera se ha debido conseguir la reducción de la edad de votar a los dieciocho años cumplidos, dejando fuera de la opción de elegir a unos ciudadanos que están protagonizando diversas acciones de la vida nacional. Aún parece que no se ha planteado siquiera con otra entereza que hubiese sido más justa: la de la reducción de la mayoría de edad, como se ha conseguido ya en la mayor parte de los países occidentales. La entrada en la vida de los jóvenes —en la vida oficial, en la vida pública— parece un regateo de votos: los que creen que los jóvenes votarían por una izquierda general, los que por la misma razón les impiden votar.

COMO en las peores caricaturas de la democracia, todo se está planteando ahora en un terreno de ambición de votos. Cierto que la lucha electoral es eso, pero sólo en la superficie, si no se quiere caer en los vicios más denuncia-

dos en el mundo. Los votos nunca deben considerarse como una finalidad, como una acumulación de capital político, sino como una consecuencia de la garantía que ofrezca el votado de renovación de la vida nacional.

OTRA batalla perdida por la oposición: la amulación del señor Carrillo como miembro de la comisión negociadora de la cuestión de las nacionalidades.

ES una batalla que tampoco gana el Gobierno. Si la oposición da la sensación de estar cediendo a las presiones gubernamentales, el Gobierno sigue dándole de estar sometido a las de la gran derecha. El Partido Comunista puede dar esta prueba de realismo político, de gran sensatez al no quererse convertir en obstáculo para una negociación —y repetimos que no es ni siquiera fácil dar el nombre de negociación a estas entre-

